
PRÓLOGO

*«Somos nuestra memoria,
somos ese museo quimérico de formas cambiantes,
ese montón de espejos rotos»*
Jorge Luis Borges

Reflexionando para escribir este prólogo se despertaron mis dos eternas obsesiones, la del tiempo y la del pensar. Recordé aquello que decían muchos de los sabios antiguos: lo que somos hoy ha sido generado por nuestros pensamientos de ayer y nuestros pensamientos de ahora son los que modelan nuestra vida futura, somos nuestra vida es una creación de nuestra mente.

O quizás se trata de ese montón de espejos rotos...

Ya en la lectura ávida de las primeras páginas se agitaron recuerdos y emociones, mezcladas con esa presencia que aún me parece imponente de «El Vapor», ya cadáver, en el pequeño astillero abandonado de la Avenida de la Bajamar.

Joaquín Moreno Marchal nos obsequia con una obra, pequeña en extensión y grande de contenido, que en realidad es una aproximación lírica a la memoria de un viaje cotidiano pero siempre singular por la bahía, embarcado en nuestro barco. Joaquín es ingeniero, no un hombre de letras, posiblemente su mente matemática y lógica podría haber sido adversa a lo artístico y literario. Sin embargo, a través del siempre breve viaje a Cádiz, proyecta un innato talento artístico sobre la prosa poética. Pero no se trata de un libro meramente ornamental; es un texto que nos incita a leerlo, paladarlo y, ciertamente, no nos defrauda.

La memoria me devolvió al presente aquellos primeros viajes, en los últimos años de la década de los ochenta, en los que coincidía con José Luis Tejada. Cuando no teníamos alguna lectura docente perentoria, esas correcciones de última

hora, solíamos conversar un rato, hablábamos de la educación de los hijos que era un tema que siempre tocaba conmigo. También nuestra charla se centraba mucho en nuestra afición común: el ajedrez. Otro viajero frecuente era el doctor José López Ruiz, químico y catedrático de Matemáticas en la antigua Escuela de Peritos Navales, que había sido profesor mío en el Instituto Técnico y después, compañero en tareas docentes en el mismo centro. Él, siempre, aprovechaba la travesía, para leer y trabajar en los papeles de su inseparable portafolios.

El autor nos propone una secuencia de tiempos de un sobrio trayecto que fluyen cada uno en el otro hasta el final atraque a puerto; con esa serie temporal recobramos unos instantes de nuestra vida y los combinamos con nuestras propias vivencias.

Agradezco a mi amigo Joaquín su generosidad y gentileza por permitirme el privilegio de escribir este modesto prólogo y no resisto a la tentación de compartir a modo de remate esta otra cita de J. L. Borges que viene, sutilmente, muy a propósito: «El presente no es otra cosa que una partícula del pasado. Estamos hechos de olvido».

¿Acaso no será el desinterés el drama verdadero, y el olvido el más horrendo crimen?

Ignacio Pérez Blanquer
Académico de Santa Cecilia